

REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 15 DE ENERO DE 1921

Nº 11

CONFERENCIAS UNIONISTAS

RESUMEN

(En el TEATRO PRINCIPAL de San Salvador, el 11 de noviembre de 1920.)

EL movimiento unionista actual es decisivo en el proceso de la unificación centroamericana.

Porque nos ha traído los elementos morales, indispensables para unificarnos, de los cuales siempre carecimos.

Teníamos los elementos físicos y sociales: clima, producciones, raza, unidad territorial, etc; idioma, tradiciones, religión, cultura y tendencias similares.

Nos faltaba una sola cosa, la primordial, cuya falta hacía infructuosas todas las demás, y cuya posesión habría bastado por sí sola para suplir, en cierta medida, la eficacia de todas las demás: la voluntad. Jamás se unirán pueblos que no quieran unirse; se unirán, a pesar de todo, los pueblos que lo quieran de veras.

La historia, la de los últimos cuarenta años, la que yo he visto, oído y a veces hecho, evidencia que los pueblos nunca han pensado seriamente en la unión; nunca tuvieron para ella un deseo fervoroso ni constante. Su actitud mejor, fué la indiferencia; y en los casos graves, le fué marcadamente hostil; el 85 y el 98, hizo fracasar las tentativas de unión. Durante los veinte años últimos, su actitud fué la pasividad, y a veces la burla.

Importa dejar establecida la verdad en esto, porque es esencial desprendernos de toda mentira (toda mentira es ceguera), en los momentos en que nos disponemos a construir una patria, que no podrá vivir si no toma como emblemas de su escudo, *verdad y justicia*.

Verdad y justicia; una necesidad creciente de verdad y justicia; el sentimiento de que ya no podemos retardar la hora de alcanzarlas, son los móviles que han lanzado al trabajo unionista, de modo inesperado y casi violento, a tantos que al parecer no contribuirían jamás a la unificación.

Si se dijera a los pueblos, y éstos lo creyeran, que la nueva nacionalidad

no realizaría estas aspiraciones, ciertamente rehusarían hablar más de unión; y se resignarían a vegetar unos en la vieja plataforma de errores e iniquidades; otros a esperar, tal vez a provocar, el advenimiento de un poder extraño, en busca de un *mínimum* de orden y equidad.

Vamos, pues, en busca de una transformación, y la queremos honda, reparadora, equitativa y estable. Este vino nuevo tendrá que ser echado en odres nuevos; este vestido nuevo habrá de ser todo él de paño nuevo, sin remiendos de paño viejo; esta casa nueva, edificada sobre roca y no sobre arena, habrá de ser construída sobre un plano revisado y aprobado por todos nosotros; para que ella nos ofrezca a todos un refugio; para que de veras nos sintamos todos en nuestra casa; para que no sea la morada suntuosa de unos pocos; para que los pueblos no se queden a la puerta, alimentando hambre y rencores, sino que todos hallen dentro un rincón que miren como propio, aunque éste sea en la bohardilla o en el sótano.

La sola manera de lograr esta universal consulta de pareceres y esta universal conformidad de voluntades, será formar la Asamblea Constituyente en forma que ella sea la expresión real de todos los intereses y aspiraciones; que en ella se encuentren, se confronten, se equilibren y armonicen. Hasta donde sea posible, ahí habremos de oír las quejas de todos, los dolores de todos, las ansias de todos, las necesidades de todos.

Por primera vez en nuestra vida de naciones, nos juntaríamos como hermanos que desean ser justos, y para ello se disponen a oírse y entenderse, contando sus haberes para distribuirlos con equidad y benevolencia.

Así también, hablándonos y entendiéndonos todos, podríamos adquirir un conocimiento bastante y exacto de posibilidades y limitaciones del medio,

y legislar, no para los griegos, ni para los romanos, ni para los ingleses, ni los suizos, ni los yanquis, ni los franceses, sino para NOSOTROS, CENTROAMERICANOS, siguiendo todas nuestras modalidades físicas, sociales, mentales y económicas.

La Constitución así formada sería la *nuestra*, y por consiguiente la mejor.

Los procedimientos usuales para reunir constituyentes son marcadamente ineficaces; la representación que de ellos se obtiene es falsa, o incompleta, o bastarda. Lo mismo que las asambleas ordinarias, las constituyentes que se forman entre nosotros por elección de plebiscitos, de gobiernos, de municipalidades o de congresos, son fatalmente la representación de unos cuantos círculos, que dejan fuera de su área a la mayor suma de elementos nacionales.

Si fuéramos un pueblo de cultura mínima, homogénea; si, como los norteamericanos, tuviéramos una general aunque relativa independencia económica; si tuviéramos, como los ingleses, asegurado en la ley y en las costumbres un *mínimum* de libertades para todos, podríamos obtener, mediante ciertas precauciones, una representación genuina, exacta y general, extrayéndola de los crisoles conocidos.

Con libertades inestables o nulas; con grandes masas analfabetas, que no pueden servir sino de ciegos instrumentos; con un proletariado inmenso, que ha de plegarse, forzosamente, a los deseos de los que le dan el trabajo y el pan, es evidente que los medios acostumbrados en nuestras labores electorales, han de producir siempre una mistificación, o por lo menos, algo tan bastardo y limitado, que no merecerá jamás el nombre de representación nacional.

Lo peor que hay en este género de representación es que descansa sobre una mentira de origen: sobre el supuesto, falso en absoluto, de que puede uno representar aquello que no conoce; de que adquiere uno, por la mera virtud de un nombramiento, la capacidad moral y mental de encauzar, corregir, depurar, enderezar, fomentar y proteger formas de vida que uno no ha vivido, que ignora enteramente. Así, el banquero electo diputado, se halla, según esta peregrina superstición, en